

SELECCIÓN POST 1

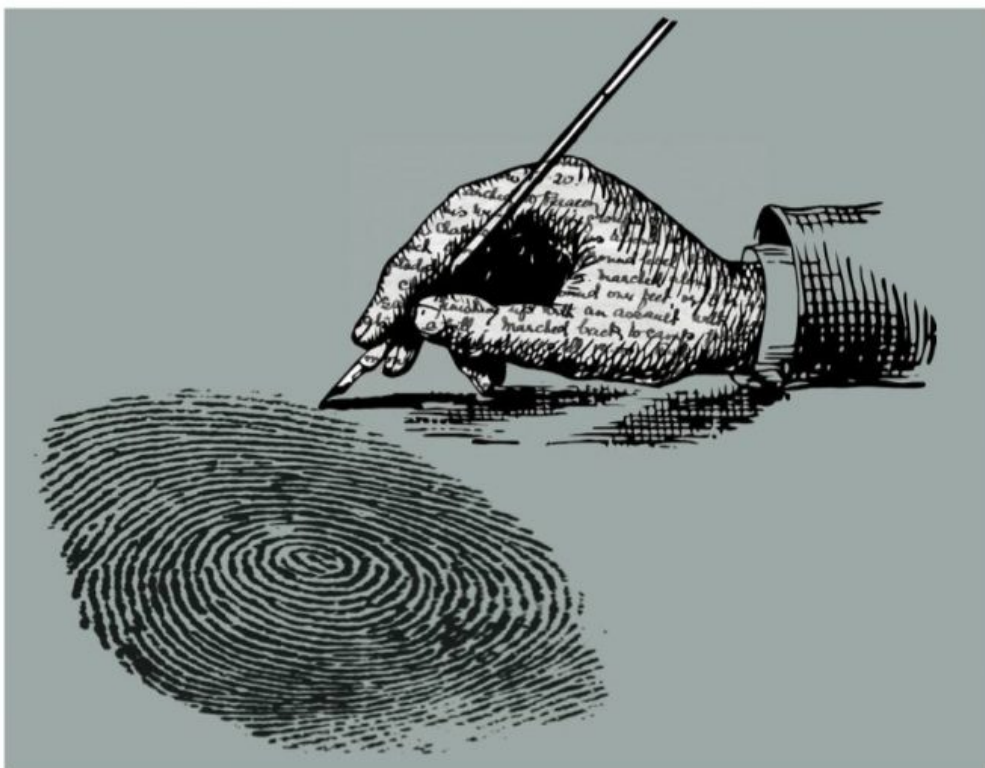
Post:Metro:Polis  
(Lo que queda) después de



Ángel Loureiro

## HUELLAS DEL OTRO

Ética de la autobiografía en la modernidad española



**HUELLAS DEL OTRO**  
**ÉTICA DE LA AUTOBIOGRAFÍA**  
**EN LA MODERNIDAD ESPAÑOLA**

Ángel Loureiro

Postmetropolis Editorial  
2016



Postmetropolis Editorial  
Septiembre de 2016

Edición y corrección: Pablo Sánchez León  
Maquetación: Miguel Ángel Gil Escribano  
Diseño de la portada: Miguel Antonio Sigler

Título original del inglés *The Ethics of Autobiography*  
Traducción de Ángel Loureiro  
(© de los derechos de la edición en castellano, Ángel Loureiro)

Referencia:

Ángel Loureiro, *Huellas del otro. Ética de la autobiografía en la modernidad española*, Madrid, Postmetropolis Editorial, 2016, 236 pags.

ISBN: 978-84-944500-4-4

*Para Ilia*



## Índice

<i>Prólogo</i>	9
Capítulo 1 <i>Autobiografía y alteridad</i>	19
Capítulo 2 <i>Blanco White: la reeducación de los afectos</i>	43
Capítulo 3 <i>María Teresa León: las ruinas de la memoria</i>	89
Capítulo 4 <i>Juan Goytisolo: relato de la muerte y nostalgia de los orígenes</i>	127
Capítulo 5 <i>Jorge Semprún: el mal radical y los secretos de la fraternidad</i>	171
Capítulo 6 <i>La autobiografía española y el lastre de la historia</i>	217
<i>Obras citadas</i>	227



## Prólogo

Desde finales del siglo xx se ha estado efectuando un viraje radical hacia una atención nueva al individuo, a sus necesidades, sufrimientos y penurias, así como a las cargas y costos que le imponen la historia y la política. Aunque sus manifestaciones son muy variadas, esta nueva atención al individuo, así como a su relación con el pasado y el presente, ha sido denominado “giro ético”. La atención prestada en épocas recientes a la memoria individual y colectiva —en contraposición a la historia, en la que el individuo común no encuentra lugar— es un claro signo de este giro ético. La memoria ha sido vista como una amenaza a la historia (y de hecho lo es, o puede serlo) porque propone una forma de relacionarse con el pasado muy diferente a la que postula la historia: frente a la presunta objetividad de la historia, la memoria favorece una relación afectiva con el pasado, una conexión de empatía que responde mejor a la necesidades individuales y colectivas, que le da más sentido al pasado que la impersonalidad de la historia. Mientras que la historia deja fuera por necesidad al individuo común, la memoria lo rescata de ese olvido, reconstruye sus penurias, lo rememora y memorializa.

El giro ético ayuda a explicar así el auge, desde aproximadamente comienzos del siglo, de la memoria colectiva, de articulaciones del pasado a partir de la memoria popular, a veces en contraposición con el saber, menos flexible y más oficialista, de la historia. De hecho, la reescritura de la historia, sobre todo en países como los Estados Unidos, se ha visto sustancialmente modificada en décadas recientes por la presión de grupos (mujeres, negros, sujetos coloniales, etc.) que reclaman presencia y protagonismo en una historia que hasta recientemente los había marginado.

También en la política se puede percibir la importancia de lo ético como responsabilidad hacia el otro (y hacia su muerte). La aparición de lo que los antropólogos denominan “santuarios



espontáneos”, con los que se conmemora públicamente —con velas, flores, y todo tipo de objetos personales— la muerte de víctimas de atentados o accidentes, y la de personajes famosos, es un fenómeno relativamente reciente, que puede clasificarse como una manifestación de lo que aquí se denomina ética. Los santuarios espontáneos que surgieron en la estación de Atocha, y en otros lugares de Madrid, tras los atentados terroristas de 2004, testifican un deseo colectivo de hacerse cargo de la muerte de víctimas inocentes, de darle un sentido a esas muertes por medio de ofrendas, en una práctica en la que se mezclan lo ético, lo político y una sensibilidad que podría denominarse post-secular. Porque el auge de lo ético es manifestación de una crisis de lo político y, más ampliamente, de la crisis de una secularidad que es incapaz de darle sentido a ciertas cosas, como la muerte masiva de víctimas inocentes.

La crisis de representación política, el “no nos representan”, va más allá de la incapacidad de los grupos políticos tradicionales de representar a unos colectivos —sus ansias, sus necesidades— y apunta a nuevas configuraciones políticas en las que valores como la solidaridad y la empatía son fundamentales y traspasan las categorías tradicionales, hoy insuficientes, de derecha e izquierda. El 15-M y la oposición a los desahucios de viviendas podrían ser vistos como pruebas, y manifestaciones, de un nuevo ser político en el que la empatía, la solidaridad, y la compasión por las penurias del otro —manifestaciones de lo ético— tienen un papel primordial.

La nueva forma de analizar la escritura del yo que se propone en este libro se puede denominar una ética de la autobiografía. A partir de ciertas ideas básicas de Emmanuel Levinas, se propone aquí que la escritura autobiográfica solo resulta plenamente comprensible si se atiende en ella a las huellas, constantes y profundas, que el otro deja por necesidad en toda escritura del yo. En otras palabras, la memoria y el relato de una vida no son nunca “propios” sino que están profundamente surcados por la huella del otro. La idea fundamental de Levinas reside en proponer un dominio, que él denomina “ética” (y que Levinas distingue claramente de la “moral”, como veremos), en el cual se fundamenta una forma post-metafísica de pensar el individuo. Levinas define la ética como el dominio del otro, como un dominio que antecede a la ontología y a la política.

En contraposición al pensamiento que emana de Descartes, para Levinas el yo no es una entidad autónoma que se funda a sí misma sino que se origina como respuesta a la llamada del otro, como respuesta y responsabilidad hacia ese otro. Al proponer que el otro antecede al yo, Levinas depone a éste último de la posición de centralidad que ha tenido en el pensamiento occidental; sin embargo, esta concepción ética, si bien desplaza al sujeto de su posición privilegiada, no implica de ninguna manera una disminución de sus obligaciones y capacidades, pues el sujeto, aun depuesto de su posición de centralidad, es una singularidad, una entidad irremplazable, puesto que nadie puede asumir la responsabilidad intransferible que le compete a cada individuo, nadie puede responder en su lugar.

El modo fundamental en que se manifiesta esa responsabilidad hacia el otro lo encuentra Levinas en la incapacidad del individuo de permanecer impasible ante las desgracias del otro: la compasión, la generosidad, la solidaridad y el sacrificio son algunas de las formas en las que, según Levinas, se manifiesta esta inescapable necesidad de responsabilidad hacia el otro. Ésas serían las manifestaciones más obvias de la alteridad del sujeto, de su responsabilidad hacia el otro, pero no son las únicas ni mucho menos, pues resulta esencial comprender que esa imposibilidad de permanecer impasible ante la desgracia del otro no es más que una manifestación de la anterioridad del otro y de la constitución del sujeto como responsabilidad, una responsabilidad que está detrás de todo acto del individuo, incluido todo acto lingüístico. Como se verá, Levinas insiste en que la impasibilidad ante el sufrimiento del otro no proviene de un contrato social, sino que es algo originario en el individuo, el cual se fundaría como una respuesta a la llamada del otro que le antecede desde siempre. Se podría añadir que los contratos sociales y el aprendizaje político son posibles solo porque hay una predisposición ética sobre la que esos contratos se arraigan y a la que desplazan pero no cancelan, como se expondrá con más detalle en el primer capítulo.

Si bien esta idea de la ética originaria puede parecer a primera vista muy abstracta y especulativa, se manifiesta de múltiples maneras en la vida diaria. ¿Quién no mantiene, continuamente, una conversación interna con otros, anticipando o reviviendo diálogos y acciones, lamentándose de errores, justificándose a menudo por

cosas hechas o palabras dichas que uno no puede borrar de la mente, en una discusión silenciosa y permanente con otros, necesitando explicar o clarificar, objetar o responder? ¿Y quién no hace eso a diario, aunque viva en la mayor soledad o aislamiento? El cristianismo tuvo la sagacidad de institucionalizar como confesión esa inevitable necesidad de responder, de sentir responsabilidad ante el otro por la vida propia. No es casualidad que dos de los ejemplos más prominentes del canon autobiográfico lleven el título de “confesiones” (y si bien, en la obra de San Agustín el título se explica por su contenido religioso, no es ése el caso de la autobiografía laica de Rousseau). De cierta manera, y tengan contenido religioso o no, todas las autobiografías son confesiones en el sentido de que rinden cuentas a otro que, aunque pueda ser implícito, invisible, no reconocido o incluso negado por el autobiógrafo, deja su huella inequívoca en la composición, lenguaje y temática de los escritos autobiográficos. Aunque no hay escritura de ningún tipo, y ni siquiera lenguaje, sin el otro no hay un género literario cuyos temas y estrategias están tan claramente determinados por sus destinatarios como la autobiografía. Esos destinatarios, como se verá, no son primariamente los lectores sino unos “otros” que están inscritos en el texto, en sus técnicas y temas, en sus obsesiones y explicaciones.

La teoría de la subjetividad de Emmanuel Levinas ayuda a sentar las bases de una nueva teoría de la autobiografía que ya no otorga la primacía al yo sino que se fundamenta en una noción del sujeto como alteridad: esa nueva teoría prestará atención, por lo tanto, a las trazas inevitables que el otro deja inscritas en la identidad propia. La precedencia de la responsabilidad hacia el otro, que Levinas considera anterior a la idea misma de tiempo, hace que la identidad no pueda ser nunca plenamente recuperada por la memoria, y de ahí que las teorías de la autobiografía existentes sean insatisfactorias, por basarse en la primacía del yo y de su memoria. Las teorías de la autobiografía imperantes hasta los años ochenta veían la autobiografía simplemente como una representación del pasado, por lo que la coincidencia (o no) del texto con el pasado del autobiógrafo era una regla esencial para juzgar la auto-escritura (recuérdese que hasta bien entrado el siglo xx la autobiografía era considerada como una rama de la biografía). Al tomar conciencia de la imposibilidad

de que dos registros diferentes, escritura y vida, pudieran coincidir de manera alguna, en los años ochenta algunos críticos propusieron que se considerase la autobiografía como un ejercicio performativo, como un acto en el que el autobiógrafo construye su yo en el acto de la escritura.

Esta teoría, que se enfoca en el presente de la escritura más que en la reproducción del pasado, tiene el problema de que sigue siendo una teoría cognoscitiva, pues sigue centrada en la posibilidad del auto-conocimiento del yo y en su capacidad de reconstruir su vida (en el presente) de la escritura. Pero ni la consideración de la autobiografía como reproducción del pasado, ni su concepción como auto-construcción del sujeto en el momento de la escritura pueden dar cuenta de la responsabilidad hacia el otro que constituye al individuo: ninguna de esas concepciones puede explicar las trazas, fuera de la memoria, que el otro deja en el sujeto. Sin embargo, a partir de la idea de Levinas de que el yo se constituye primordialmente como responsabilidad ante el otro es posible desarrollar una concepción ética de la autobiografía que no solo es radicalmente diferente a las teorías que se acaban de esbozar sino que, ante todo, ayuda a esclarecer rasgos de toda autobiografía que esas teorías cognoscitivas no pueden explicar. De hecho, solo una teoría ética del sujeto como responsabilidad hacia el otro permite explicar la existencia misma del género autobiográfico, pues si el sujeto fuera autónomo, si no fuera ante todo responsabilidad ante el otro, ¿por qué escribiría autobiografías, por qué iba a sentirse impelido por la necesidad de dar cuentas de su vida?

Una teoría ética de la autobiografía está marcada por el otro de dos maneras o, mejor dicho, está señalada por dos tipos de alteridad, lo cual otorga a la escritura autobiográfica una naturaleza dual, haciéndola tanto una escritura testimonial como una escritura testamentaria. El relato de una vida —sea el publicado, el narrado verbalmente, o el que elaboramos continuamente en nuestras mentes como forma de auto-comprendernos— está marcado por la presencia invisible no sólo de ese otro cuyas exigencias son el germen de nuestra identidad, sino también de los otros en los que no podemos dejar de pensar cuando escribimos o (nos) narramos nuestra historia. La “escritura” —sea escrita, oral, o interior— de nuestras vidas

está atravesada por múltiples otros que nos conminan a la responsabilidad ante el prójimo. Ahora bien, esa responsabilidad hacia el otro no es imputable solo al que cuenta una vida sino que compete también a los lectores: por eso se puede decir que toda escritura autobiográfica es “testamentaria”, pues en el momento en que se cuenta una vida ese relato se autonomiza, queda abierto a la interpretación y, por lo tanto, también a la contestación por parte del lector o del oyente. “Nuestra” memoria no es plenamente nuestra, pero no se trata solo de que los otros tienen mucho que decir sobre esa memoria sino que la idea misma de memoria sería inconcebible sin los otros.

Por otra parte, el hecho de que todo relato de una vida sea testamentario implica que los que tenemos acceso a ese relato estamos afectados por una responsabilidad ineludible hacia ese legado, pues como oyentes o lectores del relato de otro tenemos la responsabilidad de oír, de verdad, lo que se nos cuenta. Y oír de verdad significa responder, ser oyentes o lectores responsables del relato de una vida que hace un narrador que en el acto de narrar su vida no solo expone su pasado ante nosotros, sino que se convierte en nuestro otro en el momento en que escuchamos o leemos. Primo Levi se quejaba de que al principio nadie quería “oír” las terribles historias de los que, como él, habían regresado de los campos de concentración alemanes. Desoír lo que se nos cuenta, leerlo con desatención, siempre constituirá una falta de responsabilidad.

La teoría ética de Levinas permite elucidar dimensiones de la escritura del yo que un mero análisis discursivo deja sin explicar. En otras palabras, como se muestra en el primer capítulo, política, ética y retórica están inextricablemente ligadas en la autobiografía. Lo ético se manifiesta en la autobiografía por medio de una gran variedad de operaciones por las que el autobiógrafo se dirige a unos interlocutores —a veces explícitos, más a menudo implícitos o desconocidos— que son inherentes al género.

Una propuesta fundamental de este libro es que la constitución política del sujeto —sea que esta constitución se entienda como interpelación ideológica (Althusser), acceso a lo simbólico (Lacan), o interiorización de discursos y prácticas sociales (Deleuze y Guattari, Foucault)— hunde sus raíces en una dimensión ética que es

anterior a toda manifestación de la política: en otras palabras, la constitución política del sujeto convierte la responsabilidad originaria ante el otro en responsabilidad —u obediencia— a las normas e imposiciones sociales. Por necesidad, la constitución política del sujeto desplaza, recorta o aun pervierte la responsabilidad ética que la precede y en la cual se asienta, pero no podrá borrarla nunca. En consecuencia, en todo individuo habrá siempre una interacción compleja entre la obligación ética hacia el otro y los constreñimientos políticos, en una compleja trama de transacciones entre lo ético y lo político. Pero lo ético siempre va a sobrevivir y a manifestarse con claridad incluso en los casos más extremos de opresión o de terror político, incluso en los campos de concentración alemanes, como se verá en el capítulo sobre Semprún.

Este libro examina las interacciones entre la ética y la política en la autobiografía. Más específicamente, explora las complejas interacciones entre las condiciones políticas, las formas de autoconocimiento, las estrategias retóricas y las manifestaciones de la ética en cuatro de las autobiografías más fascinantes escritas por españoles en los últimos doscientos años: Joseph Blanco White (1775-1841), María Teresa León (1904-1988), Juan Goytisolo (1931-) y Jorge Semprún (1923-2011). Las vidas de estos cuatro autores están estrechamente ligadas a algunos de los acontecimientos más importantes de la España moderna. Los cuatro acabaron en el exilio, forzado o voluntario, por causas políticas.

En todo caso, esta obra es mucho más que un análisis de cuatro autores específicos, pues se mueve en cuatro niveles de exposición y análisis, los cuales se explican a continuación en orden descendente de abstracción. En el nivel más abstracto, el libro es un examen de teorías fundamentales sobre la subjetividad propuestas por autores imprescindibles en décadas recientes. Ese examen sirve como fundamento para una crítica de las teorías de la autobiografía existentes hasta ahora y para la propuesta de una forma nueva, mucho más rica y explicativa, de entender la escritura autobiográfica.

En el siguiente nivel, el libro es una exploración de las interacciones entre lo ético y lo político, de los conflictos entre las imposiciones políticas y la obligación originaria, pre-política, de la ética como responsabilidad ante el otro. En este sentido, como

en el anterior, el libro es mucho más que un mero análisis de las autobiografías de cuatro exiliados españoles. El tercer nivel lo compone el examen de la pertinencia de ciertas ideas o conceptos (interioridad, religión, opresión política, masoquismo, melancolía, el mal, hermandad) para el análisis de textos en los que se auto-representa un yo.

Este nivel no consiste en una mera “aplicación” de esas ideas al examen de ciertos escritos del yo sino que en él se propone una ampliación de la comprensión de esos conceptos, al ser vistos como formas particulares de interacción entre lo ético y político y no simplemente como ideas abstractas. Por último, en el nivel de mayor concreción, las ideas propuestas y desarrolladas en los tres niveles anteriores servirán como ayuda para efectuar un análisis de los textos autobiográficos de cuatro autores fundamentales, de los cuales se quiere ofrecer una visión novedosa, y en general más compleja, que las versiones establecidas o hegemónicas que sobre ellos circulan.

Por adelantar solo un caso, en el capítulo sobre Blanco White se muestra la importancia radical que las reflexiones religiosas tuvieron para ese autor (y para su idea de sí mismo) a lo largo de toda su vida, la cual no se deja resumir en la mera denuncia de la intolerancia del catolicismo y de la opresión política española. La vida y las ideas de Blanco White son mucho más complejas de lo que dan a entender los textos o las interpretaciones de ese autor que más han circulado en España desde la famosa antología de los escritos del sevillano que Juan Goytisolo publicó en 1974. Pocos lectores sospecharán que, desde 1825 hasta su muerte en 1841, Blanco White no escribió prácticamente nada sobre España (tema en el que se centró entre 1810 y 1825), sino que las reflexiones religiosas constituyen, casi en exclusiva, el contenido, verdaderamente obsesivo, de su abundante obra en los últimos dieciséis años de su vida (tanto de sus libros y folletos como de su amplísima correspondencia, la cual se examina también en el capítulo dedicado al sevillano).

Cada uno de los cuatro capítulos dedicados a los autores mencionados se compone de tres secciones o etapas analíticas. Todos comienzan con una sección descriptiva en la que se ofrece información básica sobre los autores para aquellos lectores que puedan

no estar muy familiarizados con ellos o con los escritos que se van a examinar, aun a riesgo de repetir cosas que a algunos les puedan resultar ya conocidas. Este nivel se solapa con el segundo, pues en las descripciones de los textos ya se van delineando algunas de las estrategias de auto-conocimiento que se exploran con más profundidad en esta segunda etapa analítica. En la sección final de cada capítulo se entra a fondo en las variadas manifestaciones de lo ético y en su interacción con las estrategias cognoscitivas (aunque mejor sería llamarlas discursivas) puestas de relieve en la sección anterior.

El libro concluye con unas disquisiciones acerca de la carencia, no de obras autobiográficas en España (pues no hay pocas), sino de escritos que entren a fondo en su materia, que no sean remisos a explorar con valentía los recovecos del yo. Las turbulentas vicisitudes de buena parte de la historia española en los dos últimos siglos podrían haber llevado a muchos individuos a re-examinar los determinantes de sus identidades y moverlos así a escribir obras autobiográficas persuasivas y absorbentes. En esos doscientos años se han publicado en España un número considerable de escritos autobiográficos pero muy pocos de ellos se apartan del modelo trillado y seguro de corte memorialista.

Aunque nominalmente este libro es una traducción de la versión publicada en inglés con el título *The Ethics of Autobiography. Replacing the Subject in Modern Spain*, esta versión difiere de modos importantes del original. La diferencia más significativa reside en que si bien la versión en inglés seguía un formato académico de escritura (con abundantes notas a pie de página), en la traducción se ha seguido un formato más ensayístico, incluyéndose un mínimo de referencias indispensables, con vistas a que el libro, sin abandonar ninguna de las ideas fundamentales expuestas en el original en inglés, pueda alcanzar a un lector más amplio que el universitario<sup>1</sup>.

El primer capítulo es una versión más sintética, y se espera que más fácilmente legible, que la versión en inglés. Este prólogo es diferente al de la versión inglesa porque diferentes son las

---

<sup>1</sup> Todas las traducciones al castellano de los textos publicados originalmente en otras lenguas son del autor. A menos que se indique lo contrario, todas las citas provienen de la edición en la lengua original.



circunstancias en el que se escribe. Por último, hay cambios puntuales en cada uno de los capítulos, siempre con vistas a mejorar la exposición y la legibilidad.